



## LA ESCISIÓN DE LA HUMANIDAD EN DOS: UN OBSTÁCULO EPISTEMOLÓGICO Y AXIOLÓGICO QUE PROFUNDIZA LA CRISIS ÉTICA CONTEMPORÁNEA<sup>1</sup>

### THE SPLIT OF HUMANITY IN TWO: AN EPISTEMOLOGICAL AND AXIOLOGICAL OBSTACLE THAT DEEPENS THE CONTEMPORARY ETHICAL CRISIS

Carlos Eduardo de Jesús Sierra Cuartas<sup>2</sup>

#### Resumen:

Lo relativo a la crisis civilizatoria actual es un tema sobre el que suele decirse mucho y escribirse más bien poco, una cuestión delicada por cuanto tal crisis reclama su debida comprensión de cara a afrontarla. En esta perspectiva, este artículo se ocupa de un gran problema que forma parte de tal crisis, la escisión de la humanidad en dos sectores, a saber: una mayoría con unas dotes intelectuales empobrecidas fruto de una crisis educativa profunda frente a una minoría de nuevos individuos monásticos que, contra viento y marea, procuran salvaguardar lo mejor de la ciencia y la cultura. He aquí un gran problema que profundiza la crisis ética contemporánea, crisis que, de paso, presupone una seria amenaza para el talante ecuménico de la bioética global y radical. De aquí la necesidad de recuperar la dimensión luminosa de la Ilustración, un reto que implica sobrellevar la correspondiente dialéctica.

**Palabras claves:** Bioética global, crisis civilizatoria, crisis ética, crisis educativa, principio de responsabilidad, pandemia.

---

<sup>1</sup> Artículo basado en el seguimiento detenido y constante hecho por el autor a lo largo de muchos años en lo concerniente a los signos de la actual crisis civilizatoria.

<sup>2</sup> Magíster en Educación Superior de la Pontificia Universidad Javeriana e Ingeniero Químico de la Universidad Nacional de Colombia. Profesor Asociado con Tenencia del Cargo de la Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Minas. Miembro de *The New York Academy of Sciences*, *The History of Science Society*, *The British Society for the History of Science*, *The Newcomen Society for the Study of the History of Engineering and Technology* y *The International Committee for the History of Technology*. Así mismo, fue miembro del Consejo Editorial de la Circular de la Red de Astronomía de Colombia (RAC) hasta el momento de su repentina extinción a comienzos de 2019. Además, ha sido *Biographee* de *Marquis Who's Who*, *American Biographical Institute* e *International Biographical Centre*. De otra parte, ex miembro del grupo de investigación Bioethicsgroup, línea Bioética global y complejidad, coordinado desde la Universidad Militar Nueva Granada, Colombia; y ex miembro del Comité de Ética de la Investigación de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Correo electrónico: cesierra@hotmail.com.

**Abstract:**

The current civilizational crisis is a subject about which much is usually said and rather little written, a delicate issue because such a crisis demands its due understanding in order to face it. In this perspective, this article deals with a major problem that is part of such a crisis, the division of humanity into two sectors, namely: a majority with impoverished intellectual gifts as a result of a profound educational crisis in the face of a minority of new monastic individuals who, against all odds, seek to safeguard the best of science and culture. This is a great problem that deepens the contemporary ethical crisis, a crisis that, incidentally, presupposes a serious threat to the ecumenical character of global and radical bioethics. Hence the need to recover the luminous dimension of the Enlightenment, a challenge that implies enduring the corresponding dialectic.

**Keywords:** Global bioethics, civilizational crisis, ethical crisis, education crisis, principle of responsibility, pandemic.

**Exordio: La involución de la mente moderna**

Sin la menor sombra de duda, la dimensión pragmática de la ética en general, y de la bioética en particular, requiere del protagonismo ineludible de seres humanos autónomos como los que más, esto es, seres humanos que han dejado atrás su minoría de edad mental, que hacen gala de un pensamiento crítico sólido y genuino, que aborrecen la machaconería y el achabacanamiento propio de la cultura de masas. En otras palabras, seres humanos que son conscientes de la dialéctica de la Ilustración, esto es, que tienen plena claridad en cuanto a que la herencia del Siglo de las Luces, el siglo XVIII, tiene tanto luces como sombras, por lo que es menester apuntalar aquellas mientras se capean éstas. Sencillamente, los seres humanos heterónomos no están en posición de ser sujetos éticos. Después de todo, como señala con tino Jorge Wagensberg, la ética, por una parte, es la estética del comportamiento y, por otra, implica acordar fronteras nítidas ideales con el fin de no pisar las difusas fronteras reales (Wagensberg, 2003: 96-97).

Ahora bien, esto se dice con facilidad. Empero, el ser humano tiene una naturaleza bifronte que lo vertebrata, de coexistencia entre doctor Jekyll y señor Hyde por así decirlo. Es la sempiterna naturaleza humana, que connota algo así como la combinación nefasta de ángel y demonio; de lo sim-bólico, esto es, aquello que une, reúne, y hace converger,



con lo día-bólico, o sea, lo que disgrega, desune, separa, opone y desconcierta, lo cual hace de los humanos unos seres complejos y contradictorios, históricos y utópicos, prosaicos y poéticos como los que más, algo que suele recordarnos con frecuencia Leonardo Boff (9 de diciembre de 2020, 14 de abril de 2023), el ilustre filósofo, teólogo, ecólogo y escritor brasileño, quien ha tenido que ver con la redacción de la Carta de la Tierra. Dicho de otra manera, esto refleja la existencia, en la estructura del cerebro humano, del llamado complejo R, o cerebro reptiliano, justo la sede de la territorialidad y la agresividad. Esto quiere decir que, por así decirlo, en el cerebro humano está contenido el cerebro de un cocodrilo. Sencillamente, esto forma parte de la historia evolutiva de la especie humana. De aquí que, pese a esta naturaleza bifronte, sea notorio que el ser humano haya sido capaz de forjar a lo largo del tiempo dos grandes obras dignas de encomio: la ciencia y el arte. De resto, según afirmaba con suma lucidez Santiago Felipe Ramón y Cajal, máxima gloria científica por antonomasia del mundo hispano, el hombre sigue siendo el último animal de presa aparecido, una conclusión que decantó a causa de sus reflexiones a propósito de las terribles consecuencias de la Primera Guerra Mundial.

Por desgracia, el mundo contemporáneo, sumido en una honda crisis civilizatoria que implica la posible extinción de la especie humana, demuestra una insensata inconsciencia con respecto a su situación, máxime que la crisis civilizatoria incluye otras crisis, entre las que cabe destacar la crisis ética y la crisis educativa. En particular, la filósofa estadounidense Martha Nussbaum denomina a ésta como la crisis silenciosa, una denominación certera que, a juicio de quien esto escribe, refleja bien la insensatez en cuestión. Más aún, la crisis ética, que, por supuesto, abarca también la dimensión bioética, es otra crisis que tiende a ser silenciosa, incluso dentro del mundo académico.

Ahora bien, la búsqueda de una solución para tamaña problemática pasa, en parte, por la debida consolidación del modo científico de comprender el mundo, condición indispensable tanto para participar en debates de índole bioética como para poner en práctica las medidas de gran alcance exigidas para tratar de superar esta crisis de civilización, una de cuyas dimensiones insoslayables es el cambio climático. Y no resulta para nada exagerado afirmar que es posible la extinción de la especie humana como

consecuencia de esta crisis. Vaya aquí un dato espeluznante: al finalizar este siglo XXI en el que estamos inmersos, el aumento medio de la temperatura del planeta podría llegar a los 4,8 °C, con la posible destrucción del 100% del producto interno bruto (PIB). En otras palabras, la posibilidad de un colapso de la economía a gran escala. Empero, la consolidación del modo científico de comprender el mundo requiere necesariamente de mentes consolidadas con fortaleza como fruto de una educación emancipadora. Por ende, de una educación que vaya en contravía con lo que, en la actualidad, solemos ver en el mundo, una educación basura según la denomina con tino el filósofo español José Sánchez Tortosa (2018), una educación de tres al cuarto que ha sumido a la mente moderna en un nefasto estado de involución, una educación que no emancipa a la gente y que la condena a quedar como seres heterónomos, atrapados dentro de la caverna platónica, sin posibilidad de ser sujetos éticos. Éste es su terrible hado.

### **Cautelas metodológicas**

En lo relativo a la definición básica de crisis, más allá del reduccionismo inherente a la idea de una situación mala o difícil, idea que no dice mucho en realidad, conviene tener muy en mente una definición que permita un tratamiento práctico de la situación. Así las cosas, nada como la definición de crisis brindada por el filósofo español José Ortega y Gasset, que, desde que comencé a interesarme en la bioética, me ha sido bastante útil: crisis es que no sabemos lo que nos pasa, y eso es lo que nos pasa. Por ende, el primer paso hacia la búsqueda de soluciones implica ganar en comprensión todo lo más posible acerca de lo que nos pasa. Ahora bien, dada la naturaleza compleja de esta gran problemática, que posee múltiples dimensiones, si de ganar en comprensión se trata, es menester una disciplina intelectual por fuera de lo común, disciplina que va de la mano con el abordaje de un diapasón variopinto de autores y fuentes. Más aún, se impone la necesidad de acudir a autores y fuentes que no suelen ser parte de la corriente principal que favorecen las sociedades industriales dominantes. Esto es, resulta bastante aconsejable estar siempre atentos a la búsqueda permanente de autores y fuentes que suelen estar enmarcados en lo que Iván Illich, el crítico más lúcido de las contradicciones de las sociedades industriales, denomina ciencia convivencial, o sea, ciencia promotora de valores de uso y ámbitos de comunidad, no de los valores de cambio propios del



mercado. Así mismo, esto sintoniza bien con el principio de humildad científica de Umberto Eco, esto es, la conveniencia de no pasar por alto autores y fuentes que puedan tener algo para decirnos por humildes que puedan ser. Hay que saber escuchar voces de otras culturas y otros tiempos. En otras palabras, este principio de Eco implica una puesta en práctica de la alteridad y la imaginación narrativa. Ésta es la esencia profunda de la interdisciplinariedad, justo el sustrato metodológico mismo de la bioética.

### **La atinada anticipación de la ciencia ficción**

En el campo de la bioética, no suele ser muy frecuente encontrar bioeticistas que hayan incorporado en su quehacer el diapasón variopinto de recursos que brinda la ciencia ficción, un diapasón que vale todo un Potosí habida cuenta de que es un género que brinda el análisis de una miríada de escenarios a propósito de las consecuencias, positivas y negativas, de la tecnociencia. Más todavía, es un género que se ocupa casi siempre del futuro, sin excluir el presente y el pasado. Sobre todo, el filósofo alemán Hans Jonas dedica unas líneas al respecto, menos de una página, en su obra *El principio de responsabilidad* (2004). Empero, cabe decir mucho más en lo que a esto concierne habida cuenta de la gran producción de obras inherente a la ciencia ficción, con escritores lúcidos que nos han regalado montañas de reflexiones de carácter ético y bioético. De facto, si lo pensamos con sumo cuidado, según advierte con tino uno de los escritores colombianos de este género, René Rebetz Cortés (1996), vivimos inmersos en un mundo de ciencia ficción. En cualquier caso, los autores del género han solido ocuparse de múltiples problemas éticos con mucha anticipación con respecto a lo hecho tiempo después por parte de los filósofos y eticistas. Para muestra un botón, una serie televisiva clásica como *Star Trek* constituye una excelente muestra sobre este punto, como cabe apreciar en los filmes más recientes (Abrams, 2009, 2013; Lin, 2016), los que mantienen la esencia de la serie original creada por Gene Roddenberry. En cuanto a producciones más recientes, cabe señalar por su fuerte trasfondo bioético un largometraje japonés de animación de ciencia ficción steampunk producido en 2004 por Katsuhiro Ōtomo, el filme de animación más costoso de la historia del anime hasta ahora

con motivo de la exigencia constante de Ótomo hecha al correspondiente departamento de arte para lograr los más detallados dibujos sin límite alguno de tiempo, lo que repercutió en los detalles de cada escena y en el largo periodo de producción de esta película, 10 años (“Steamboy”, 2024). Es un magnífico largometraje ambientado en la Gran Bretaña del siglo XIX, inmersa en plena revolución industrial, si bien con el planteamiento de una gran extrapolación de las posibilidades de la tecnología del vapor y sus consecuencias éticas. Propiamente, su protagonista es un muchacho de trece años, James Ray Steam, todo un inventor en potencia con un talento innato para la mecánica, quien es un idealista y considera que la tecnología debe usarse para propósitos pacíficos. En marcado contraste, está una corporación estadounidense, la Fundación O’Hara, con su ímpetu tecnológico orientado hacia la guerra. He aquí un motivo principal llamativo de este filme considerando que los idealistas escasean en nuestro mundo hoy por hoy, lo que permite entender porque se encuentra sumido en una gran crisis ética que aúpa una crisis civilizatoria.

En especial, a propósito de la involución de la mente moderna a la que el mundo asiste desde hace muchos años, en sintonía con lo dicho por don Santiago Felipe Ramón y Cajal sobre lo terrible de la naturaleza humana, cabe tomar en consideración el pensamiento de uno de los padres de la moderna ciencia ficción, el británico Herbert George Wells, cuyos conocimientos científicos, que incluían lo tocante a la evolución de las especies, le enseñaron con creces que la raza humana estaba condenada (Carey, 2009: 161-181). Lo típico en sus obras literarias, no sólo las dedicadas a la ciencia ficción, es un tono pesimista tanto en lo relativo a las masas como en lo tocante a las personas que cuentan con un elevado nivel educativo y socioeconómico. En suma, nadie sale bien parado en las obras de Wells. Incluso, en sentido estricto, sus obras famosas de ciencia ficción, tales como *La máquina del tiempo*, *La isla del doctor Moreau*, *El hombre invisible* y *La guerra de los mundos*, están pensadas para la categoría de lectores que no pueden pretender contar con formación, ser científicos o interesarse por las ideas, si bien ansían una buena lectura y les gusta que los asombren y entretengan.

En todo caso, a la luz del legado de Wells, no cabe esperar que los héroes puedan aparecer de entre las masas a causa de la tragedia inevitable del individuo devorado por éstas de manera irremisible. De hecho, la gente que suele figurar en las utopías y



distopías concebidas por Wells corresponden a lo que se conoce como personajes representativos, por el estilo de las personas que aparecen en anuncios (Carey, 2009: 174). Así, al no perder de vista la naturaleza humana, si se desea promover la conciencia ética, hemos de tratar en el mejor de los casos con un óptimo sometido a muy fuertes restricciones. Y el mundo educativo no se escapa a este respecto al no ser una excepción a la crisis contemporánea. Para muestra un botón, piénsese en la crisis profunda por la que pasa la Universidad Nacional de Colombia desde marzo del 2024, institución que se precia de contar con los académicos que, de acuerdo con las cifras disponibles, son los que más producen intelectualmente en Colombia, pero que no son capaces de dialogar y superar el conflicto (El Observatorio de la Universidad Colombiana, 22 de abril de 2024). Con este dramático ejemplo, salta a la vista que la involución de la mente moderna no afecta de manera exclusiva a los sectores sociales con bajo nivel de escolaridad, por lo que adquiere una mayor relevancia la propuesta de Morris Berman (2011) de crear con urgencia zonas de inteligencia con el fin de evitar que colapse lo mejor de la ciencia y la cultura. Y, eso sí, las zonas de inteligencia ya no suelen coincidir con los ámbitos universitarios, sino con personas y espacios de índole convivencial por excelencia las más de las veces.

En fin, un panorama dantesco y tenebroso como el descrito por Herbert George Wells permanece incólume y enhiesto, lo que cabe corroborar con creces al revisar con detenimiento lo que brinda el buen cine de ciencia ficción. Sin buscar demasiado, un filme del año 2006, *Idiocracy*, o *Idiocracia* (Judge, 2006), una película que vaticinó en un ciento por ciento lo que venía pocos años después, nada menos que nuestro distópico e infausto presente. En esta película, que ya es de culto para periodistas y sociólogos, que está ambientada en el año 2505 en un mundo distópico en el cual la selección natural ya no favorece en modo alguno a los seres más inteligentes a causa de que se reproducen más los que tienen escasa o nula sabiduría, se muestra una humanidad idiota, ignorante y deficiente mental a más no poder, dando lugar así a una sociedad que quedó postrada en un estado de desidia, ineptitud e ignorancia, con una forma de gobierno controlada por completo por gente de bajo nivel intelectual. Toda una tragedia bioética. De facto, varios de los temas sociales abordados en esta película han adquirido

una dolorosa realidad en nuestra época, lo que coincide de forma precisa con el diagnóstico de generación idiota planteado por Agustín Laje Arrigoni en su reciente libro (Laje Arrigoni, 2023), a la que, de manera irónica, se ha llegado mucho tiempo antes del año 2505 sin necesidad alguna del concurso de la genética. En concreto, son temas tales como la banalización y el empobrecimiento del lenguaje, la tendencia de los grandes medios a comercializar y hacer dinero con la pornografía, la publicidad ubicua, la obsesión por el entretenimiento constante, el lenguaje soez en la publicidad, la obesidad, las avalanchas de basura, el apagado remoto de vehículos por parte de autoridades y hackers, la incapacidad del grueso de las personas para usar e interpretar un mapa en papel para dirigirse a cualquier lugar y la popularización de espectáculos pedestres basados en gente que se golpea en pantalla. En resumidas cuentas, ya estamos viviendo en pleno en una distópica idiocracia de hombres hipermasificados, incluido, por desgracia, el mundo universitario. Sin duda, aquí cabe aplicar el principio, o navaja, de Robert J. Hanlon: Nunca atribuyas a la maldad lo que puede explicarse por la estupidez. Por consiguiente, urge promover con energía la creación de zonas de inteligencia cual contraveneno para salirle al paso a la presente crisis civilizatoria, pues, estamos sumidos en una nueva era de oscurantismo desde hace varias décadas según diagnosticó de manera atinada el inolvidable Carl Edward Sagan (1997), un oscurantismo tal que la humanidad se está escindiendo a todas luces en dos sectores a la manera de los descritos por Herbert George Wells en *La máquina del tiempo*, con los Eloi y los Morlocks. Los dos sectores que cabe apreciar en la actualidad son, por una parte, una gran mayoría de personas con sus capacidades intelectuales empobrecidas en grado sumo, seres heterónomos en consecuencia, y una minoría de seres humanos que, contra viento y marea, insisten en cultivar su inteligencia y no dejar apagar la llama del conocimiento y la cultura de alto signo, individuos que procuran mantener el listón bien alto en tal sentido, con lo cual logran preservar de una manera u otra su autonomía de juicio, su mayoría de edad mental, justo la condición indispensable para poner en práctica la dimensión luminosa del legado de la Ilustración. Estos individuos valiosos por lo dicho corresponden a lo que Morris Berman (2011) denomina nuevos individuos monásticos, esto es, individuos sacroseculares que constituyen justo el almendrón mismo de las zonas de inteligencia, expresión misma en cuanto a que la bioética, una bioética global y radical, debe impregnar a fondo el mundo de la vida sin ir más lejos,





que no puede quedar recluida en los cenáculos académicos, lo cual resulta en extremo indeseable. Ante todo, la ética en general es la estética del comportamiento, por lo que no excluye a nadie en principio. La bioética no puede quedar escriturada de ninguna manera. No tiene dueños. Y, ni que decir tiene, esto resulta todavía más relevante en nuestras malhadadas repúblicas bananeras.

En general, el género de la ciencia ficción abunda en obras que reflejan la crisis inherente a la actual civilización. Tan sólo añadiré otra muestra memorable en lo que a esto concierne, de una novela relevante de los hermanos rusos Boris y Arkadi Strugatski, titulada *Qué difícil es ser dios*, cuya trama transcurre en el futuro en un planeta extrasolar, habitado por humanos en una fase de desarrollo cultural comparable a lo más oscuro de la Edad Media terrestre. En tal planeta, está una misión científica de la Tierra dedicada a la historia experimental, por lo que observan la vida de dicha sociedad, pero con órdenes expresas de no intervenir ni influir en los acontecimientos de su propia evolución cultural. El protagonista, uno de los científicos allí destacados, historiador, Don Rumata de Estor, aprecia que es una sociedad cruel y que castiga la cultura y la inquietud intelectual, lo cual considera casi imposible pasar por alto. Esta novela brinda diversos pasajes significativos a este respecto, como el siguiente (Strugatski y Strugatski, 2016):

Ningún Estado puede desarrollarse sin el apoyo de la ciencia, porque sería destruido por los Estados vecinos. Sin el arte y la cultura general el Estado pierde el sentido de la autocrítica y comienza a estimular tendencias erróneas, engendra a cada paso hipócritas y deshechos sociales, fomenta en los ciudadanos el utilitarismo y la presunción y, en definitiva, acaba también siendo víctima de sus vecinos más cuerdos. Se puede perseguir cuanto se quiera a los intelectuales, prohibir la ciencia, destruir el arte, pero más tarde o más temprano hay que hacer marcha atrás y, aunque sea a regañadientes, abrir paso a todo aquello que tanto odian los zoquetes ignorantes que ansían el poder. Y por mucho que desprecien el saber, esa gente gris que detenta el poder no podrá hacer nada frente a la objetividad histórica, mejor dicho, podrá frenarla, pero no detenerla. Aunque desprecien y teman el saber, no tendrán más remedio que llegar a estimularlo para poder mantenerse en el poder. Y entonces tendrán que permitir las universidades y las sociedades científicas, tendrán que crear centros de investigación, observatorios y laboratorios, tendrán que formar cuadros de hombres inteligentes y sabios,

hombres que quedarán fuera de su control, hombres que tendrán una psicología completamente distinta y unas necesidades totalmente diferentes, y estos hombres no podrán existir y mucho menos obrar en el antiguo ambiente de baja codicia, chismes de cocina, presunción estúpida y necesidades puramente carnales, sino que necesitarán un ambiente nuevo, un ambiente con conocimientos generales y universales empapado de afán creador, necesitarán escritores, pintores, músicos, y la gente gris que esté en el poder tendrá que hacer estas concesiones. Y si alguno se resiste será barrido por un oponente más astuto en la lucha por el poder. Pero, el que haga estas concesiones cavará su propia sepultura, en contra de su voluntad, pero, inevitable y paradójicamente, puesto que no hay nada tan mortal para los egoístas ignorantes y fanáticos como el desarrollo cultural del pueblo en todos los terrenos, desde la investigación en el campo de las ciencias naturales hasta las aptitudes para comprender y deleitarse con la buena música. Y después viene la época de las grandes conmociones sociales, acompañadas de un desarrollo inusitado de la ciencia y de un proceso amplísimo de intelectualización de la sociedad, una época en que la incultura presenta su última batalla, que por su crueldad hace retroceder a la humanidad hasta la Edad Media, pero en la que es derrotada y desaparece para siempre como fuerza real en el seno de la nueva sociedad, libre de la opresión de clase.

Cualquier parecido con la distópica realidad de nuestro tiempo es más que mera coincidencia. En fin, repárese en el fuerte trasfondo bioético de la obra de los hermanos Strugatski dada su crítica a los regímenes totalitarios. Por lo demás, esta obra magistral de la ciencia ficción soviética cuenta con una bien lograda versión cinematográfica, un filme del año 2013, toda una película de culto, la obra maestra de Aleksei Yuryevich German, su director, el más conspicuo cineasta ruso desde Andréi Arsénievich Tarkovski, película vetada por el régimen soviético, lo cual postergó su realización por un par de décadas (German, 2013).

### **La sempiterna contraproductividad de las sociedades industriales**

En la historia intelectual latinoamericana, existe una notable figura mal conocida: Iván Illich, considerado por quienes lo han conocido como el crítico más lúcido de las contradicciones de las sociedades industriales. Nació en Viena el 4 de septiembre de 1926 y falleció en Bremen el 2 de diciembre de 2002. En lo esencial, su legado pertinente para el ámbito de la bioética global y radical quedó plasmado en un buen conjunto de



libros (Illich, 2006, 2008), los cuales tuvieron sus raíces en la ciudad de Cuernavaca, México, en el seno de las actividades adelantadas desde el Centro Intercultural de Documentación (CIDOC), fundado por Illich en 1966 y que tuvo vida hasta 1976. No funcionaba a la manera de una universidad, pues, Illich sostenía con sensatez que el aprendizaje debe tener lugar en total libertad, sin cortapisas. Propiamente, el CIDOC fue un lugar de encuentro para humanistas interesados en profundizar en las consecuencias derivadas del funcionamiento de las sociedades industriales. Por allí pasaron figuras intelectuales de fuste como la ensayista y novelista norteamericana Susan Sontag en su juventud, el pedagogo Paulo Freire, el sociólogo de religiones Peter L. Berger y el filósofo de la tecnología Carl Mitcham. Así, cabe apreciar que fue un escenario de una rica y fructífera efervescencia intelectual que aportó en grado sumo, con una orientación interdisciplinar como la que más, a la elucidación de las contradicciones y paradojas inherentes a las sociedades industriales, las que han terminado por colonizar el mundo de la vida.

En la actualidad, el legado del CIDOC mantiene su vigencia de cara a entender mejor la crisis civilizatoria para tratar de vislumbrar posibles soluciones. Al fin y al cabo, se trata de la crisis sistémica del capitalismo tardío, cuya base, bien conocida desde el siglo XIX merced a la obra de Karl Marx, es la organización en torno a la propiedad de los medios de producción por parte de la clase capitalista, la cual extrae en rigor sus plusvalías del salario de los trabajadores. En suma, el capitalismo, a fuer de sus mismas dinámicas, es un modo de producción que provoca sus propias crisis. De facto, resulta inevitable una disminución progresiva de la tasa de beneficios dada su necesidad continua de acumular capital con el fin de adquirir o reemplazar la maquinaria o las materias primas en aras de mantener la competitividad, problema que, de todos modos, no queda resuelto con la disminución de los salarios. Es como una serpiente que muerde su cola. En otras palabras, dicho a la manera de Illich, es un modo de producción contraproducente, máxime al estar cimentado en el paradigma baconiano de conquista de la naturaleza, es decir, de la orientación perversa de la tecnociencia para fines crematísticos por obra y gracia de la explotación de la naturaleza.

Precisamente, el concepto de contraproduktividad está entre las valiosas ideas fuerza decantadas por Iván Illich, con lo que quiere decir que las instituciones propias de las sociedades industriales exhiben una contradicción patente entre sus fines declarados y los resultados que se obtienen en realidad. Por ejemplo, los sistemas de transporte pretenden estar concebidos para agilizar la movilidad de las personas gracias a las velocidades alcanzadas. Pero, en la práctica, como bien lo sabemos, los trancones son inevitables, con las consecuentes pérdidas de tiempo para sus usuarios. Por su parte, los sistemas de salud manifiestan su contraproduktividad en la forma de las enfermedades iatrogénicas, mientras que los sistemas educativos terminan por aniquilar en las personas el gusto por el aprendizaje autodidacta, una cuestión en extremo crucial por lo dicho más arriba: el empobrecimiento de las habilidades intelectuales en el grueso de la población mundial y su condena a la heteronomía, excluyéndola así de la opción de estar constituida por sujetos éticos dignos del legado luminoso de la Ilustración, legado que precisa de individuos que hagan gala de su *logos*, de sus dotes de razonamiento. En fin, de forma harto lamentable, el conocimiento ha tendido a dejar de ser una apasionante aventura intelectual para pasar a ser una mercancía de tres al cuarto. Así las cosas, la contraproduktividad típica de las instituciones de las sociedades industriales ha contribuido de manera significativa a escindir a la humanidad en los dos sectores señalados con anterioridad. Más aún, los años recientes asociados con la pandemia del coronavirus han magnificado la contraproduktividad en cuestión.

Iván Illich no se conformó con diagnosticar la contraproduktividad de marras, basada en una tecnociencia dominante cimentada en el paradigma baconiano de dominio de la naturaleza que emascula la autonomía de los seres humanos al reducirlos a la mera categoría de usuarios, sino que ofreció una solución bastante sugestiva, toda una alternativa, a saber: la ciencia convivencial, cuyo almendrán radica en el fomento de los valores de uso propios de las comunidades, no de los valores de cambio propios del mercado. Así las cosas, la ciencia convivencial tiene que ver con el fomento de los ámbitos de comunidad y el enriquecimiento del mundo de la vida por excelencia. En una frase corta e ilustrativa por demás, Illich resume como sigue la esencia de la ciencia convivencial: *science by people*, la cual contrasta sobremano con la *science for people*, siendo ésta la frase que resulta aplicable al modelo de ciencia propio de las sociedades



dominantes, el antedicho paradigma baconiano, un paradigma que queda más que bien ilustrado por la tecnociencia desplegada en los Estados Unidos a lo largo de su historia. En otras palabras, mientras la *science by people* presupone que las personas que habitan las comunidades participan en las investigaciones orientadas a la promoción de valores de uso, la *science for people* las reduce al papel de simples usuarios de los servicios ofrecidos por expertos en virtud de un monopolio radical del saber tecnocientífico. Es decir, en el paradigma de la *science by people*, las personas despliegan su *logos*, son seres autónomos, justo la condición indispensable para ser sujetos éticos, por lo que este paradigma promueve la dimensión pragmática de la ética, incluida la bioética global. En esta perspectiva, si algo caracteriza por excelencia a una ciencia realmente buena es el hecho de ser ecuménica, no esotérica, algo de lo cual advirtió con insistencia el inolvidable Carl Edward Sagan (1997), al punto de considerar que una ciencia tal es la única luz con la que contamos para poder sobrellevar el infausto oscurantismo que caracteriza a este tiempo en el que sobrevivimos mal que bien. Estos no son tiempos para dejar recluida a la bioética en los cenáculos académicos. Debe impregnar *per se* al mundo de la vida y a las zonas de inteligencia.

Además, sostener la pertinencia del paradigma de la ciencia convivencial no implica en modo alguno desterrar al ámbito de la industrialización, sino, más bien, hacerlo más humano e integrado a la trama de la vida, a un tipo de sociedad biocéntrica. Al fin y al cabo, los seres humanos precisan de la transformación de materias primas para obtener bienes que requieren, pero, eso sí, bienes realmente necesarios, no bienes suntuarios. Ante todo, Iván Illich, con su concepción de las sociedades convivenciales, pensaba en sociedades basadas en la abundancia de la frugalidad, en la sensatez en el uso de los recursos naturales sin sobreexplotar inmisericordemente a la naturaleza, incluida la naturaleza humana. A juicio de quien esto escribe, en esto radica la esencia de la dimensión práctica de la bioética global y radical.

### **El replanteamiento imperioso del legado de la Ilustración**

El historiador cultural y crítico social Morris Berman presenta la actual crisis civilizatoria en tanto culminación lógica e inevitable de un proceso que comenzó en Europa al fenecer la Edad Media, que, más tarde, se extendió durante las revoluciones científica e industrial para alcanzar su clímax en nuestro tiempo, cuyo resultado no es más que el triunfo de la hegemonía corporativa global, la superautopista de la información y la cultura de McWorld, una cultura de tres al cuarto en la cual todo queda inmerso en la machaconería y el achabacanamiento, el maremágnum del kitsch y el consumismo (Berman, 2011: 30-31). Claro está, Berman no es el único pensador en ubicar esta crisis civilizatoria a partir de la Historia. En todo caso, no debe causar sorpresa la ubicación temporal que hace Berman en la Edad Media como punto inicial, puesto que, como he insistido a lo largo de años en conferencias y clases, el conocimiento del Medioevo permite entender mejor el distópico mundo actual. Algo parecido ha hecho la artista española Atxe (2019) en un llamativo libro sobre la evolución del modo de producción capitalista, un libro que incluye la historia de la ciencia y la tecnología, amén de combinar con acierto la historieta con la economía y su historia. De facto, en la Baja Edad Media comenzó el extravío de la ciencia cuando entraron en escena en los siglos XIII y XIV los monjes nórdicos, como Alberto Magno, Roger Bacon y Guillermo de Occam, quienes la replantearon en la óptica de conquista de la naturaleza.

Así mismo, Berman considera el colapso del Imperio Romano Occidental, máxime porque no se vino a pique por las invasiones bárbaras, sino que estaba estructuralmente fracturado en el siglo III. En realidad, al llegar el siglo V, Roma tenía de imperio tan sólo el nombre. Sencillamente, eran inevitables los colapsos espiritual e intelectual en un contexto de desmoralización, sobre todo porque la vida económica de las ciudades estaba casi destruida (Berman, 2011: 98-99). Repárese en el enorme parecido de esto con lo que pasa en el mundo de hoy. Peor todavía, conforme progresaba la crisis económica, surgió entre las masas una mentalidad hostil hacia los logros de la alta cultura (Berman, 2011: 99), algo que puede apreciarse en el filme español *Ágora*, dirigido por Alejandro Amenábar (2009), centrado en la vida y obra de Hipatia de Alejandría, en el que sobresale la violencia de la plebe jalonada por los parabolanos. Así, las formas de vida primitivas ahogaron finalmente a las más excelsas. Sin duda, no es posible la civilización si está ausente una jerarquía de calidad, que no tenga que ver con



un vulgar fenómeno de masas, puesto que, cuando éste domina, los días de la civilización están contados. Así las cosas, tuvo lugar la barbarización del mundo antiguo (Berman, 2011: 99). De nuevo, esto se parece a lo que vemos hoy día. Recuérdese lo dicho por Herbert George Wells visto con anterioridad. En fin, en el campo del conocimiento por entonces, el siglo III, muchos cristianos pensaban que la educación no era relevante para la salvación de sus almas y que la ignorancia tenía un valor espiritual positivo. Por ende, antes del siglo VI, dominó una mentalidad supersticiosa al carecer la gente de la capacidad para manipular abstracciones lógicas (Berman, 2011: 100). Fueron tiempos aciagos para el avance de la ciencia al quedar perdidas para los lectores de la Alta Edad Media las disciplinas intelectuales de distinción, definición y dialéctica. Será menester aguardar, para un primer repunte, a la llegada del Renacimiento carolingio a fines del siglo VIII y comienzos del siglo IX, y, de manera especial, a la iniciativa del papa Silvestre II, el Papa del año mil, si bien fue todavía un repunte débil y tímido. Pero, con alternancias entre períodos de renacimiento y oscurantismo, la Europa cristiana salió de modo paulatino de la situación absurda y desastrada que distinguió el final del Imperio Romano de Occidente. En la actualidad, Berman estima que el oscurantismo en curso podría durar como una centuria, siempre y cuando los nuevos individuos monásticos persistan en el mantenimiento de las zonas de inteligencia. De lo contrario, sería más prolongado.

Ahora bien, si se rastrea la Historia con detenimiento, cabe encontrar otros indicios altamente significativos en cuanto a que, desde los días antiguos, cabe apreciar el fenómeno aquí señalado: la escisión de una sociedad en dos sectores marcadamente contrapuestos. Para esto, resulta oportuno acudir al excelente curso sobre teoría política del profesor Fernando Vallespín Oña en la plataforma de educación virtual Coursera (Vallespín Oña, 2024). En primera instancia, con Sócrates da inicio la escisión entre polis y filosofía, plasmada en la necesidad perentoria de reconstruir los saberes convencionales mediante la búsqueda de la verdad. Es la tensión entre verdad y opinión. De aquí su afirmación acerca de que la única vida digna de vivirse es una vida filosófica, de autoexamen. Por su parte, Platón, al proponer que los filósofos son los que deben gobernar, partía de lo que no funcionaba en la democracia griega, como el conflicto y

las disensiones internas, a lo que opone la capacidad de la filosofía para afianzar el control racional sobre las pasiones; y la inadecuación e incapacidad de los gobernantes, frente a los que los filósofos demuestran poseer capacidad para el autocontrol y la aprehensión del bien y la justicia. Incluso, no han faltado quienes consideran que su obra *La República* tiene como objetivo básico el control del alma humana, al punto de considerar que la regeneración política comienza por el yo individual de los mejores. Más tarde, Aristóteles, creador del sistema filosófico más influyente de todos los tiempos, introduce la idea de la educación liberal, esto es, la propia de los hombres libres, para fomentar la capacidad de pensar por uno mismo. Siglos después, Agustín de Hipona, cuya obra representa el tránsito del mundo antiguo a la Edad Media, escinde al ser humano en dos ciudades: La *Ciudad de Dios* y la *Ciudad de los hombres*, una distinción alegórica que hace la distinción entre los hombres que se inclinan hacia el egoísmo, el amor de sí y los bienes terrenales, y los que se realizan en el amor a Dios y la práctica de las virtudes, los elegidos para la gracia. Además, considera que el Estado no es una comunidad moral al ser el resultado del pecado, aunque su existencia responde al plan de Dios para el mundo, pues, su función es garantizar un mínimo de paz y orden social, con lo que se anticipó a Thomas Hobbes. Con mayor precisión, sostiene que la paz de las comunidades políticas es la paz de Babilonia, que los Estados son *magna latrocinia*, o sea, “grandes bandas de ladrones”, cuyo fin es evitar el mal mayor: la violencia y la muerte. Dicha frase latina está contenida en una de sus frases célebres: “Si la justicia desaparece, ¿qué son los reinos sino un vasto pillaje?” (en latín, *Remota itaque iustitia, ¿quid sunt regna nisi magna latrocinia?*). En fin, como se ve, la historia política del mundo es algo así como *Game of Thrones*, serie que muestra así mismo la escisión que constituye el motivo principal de este artículo. Repárese justamente en el final de la serie, con Brandon «Bran» Stark, poseedor de una gran sabiduría acopiada tras convertirse en el cuervo de tres ojos, como rey de los seis reinos de Westeros.

Ahora bien, la época actual está caracterizada porque esta escisión afecta no sólo a una sociedad en particular, sino al planeta entero. Por algo estamos sumidos en una crisis civilizatoria, que Leonardo Boff (20 de junio de 2024) compendia de forma dramática como sigue:





Como pocas veces en la historia general de la humanidad, la crisis sistémica y generalizada se presenta con pronósticos apocalípticos que vienen bajo el nombre de antropoceno (el ser humano es el gran meteoro amenazador de la vida), necroceno (muerte masiva de especies de vida) y últimamente de piroceno (grandes incendios en varias regiones de la Tierra), todo por la irresponsable acción humana. Además, esos pronósticos son consecuencia del nuevo régimen climático, dado como irreversible, y, no en último lugar, del peligro de una hecatombe nuclear que podría exterminar toda la vida humana en relación con la guerra Rusia-Ucrania y las potencias occidentales. Putin ya avisó que, si despliegan fuerzas militares occidentales en Ucrania, podría usar armas nucleares tácticas. Destruyen poco, pero dejan la atmosfera muy contaminada.

La situación general del mundo no suscita optimismo, sino abatimiento e incluso pesimismo y una seria preocupación sobre el eventual fin de nuestra especie. Muchos jóvenes se dan cuenta de que, si se prolonga el curso actual de la historia, no tendrán un futuro apetecible. Algunos se resignan, como recientemente denunció en un impresionante libro Steven Rockfeller: buena parte de la juventud norteamericana se desinteresa de los valores tradicionales y democráticos de la nación (cf. *Spiritual Democracy and Our Schools*, 2022). Otros se comprometen valientemente en un movimiento que ya es planetario para salvaguardar la vida y el futuro de nuestra Casa Común, como lo hace la joven Greta Thunberg.

No deja de sonar fuertemente la advertencia del Papa Francisco en su encíclica *Fratelli tutti* (2020): “Estamos todos en el mismo barco; o nos salvamos todos o nadie se salva” (n.32).

Ante este panorama dantesco, hórrido y distópico, adquiere todavía mayor sentido lo que he afirmado con anterioridad: la bioética no debe quedar recluida en los cenáculos académicos, sino que es menester que impregne a fondo el mundo de la vida, pues, nos estamos jugando la continuidad del ser humano sobre la Tierra. Y, para ello, es menester contar con una población que cuente con un intelecto suficiente como para poder decir que son seres humanos autónomos, que son herederos de la dimensión luminosa de la Ilustración. Por desgracia, la merma ostensible que se observa en el cociente intelectual de las generaciones más jóvenes desde el año 2004 no puede ser más que motivo de gran preocupación, algo de lo que se han ocupado autores diversos desde hace ya varios años, algunos con anterioridad al año 2004, tales como Gregorio Marañón y Posadillo (1956), José Ortega y Gasset (1957, 1960, 1966), Carl Sagan (1997), Giovanni Sartori

(1998), Jorge Wagensberg Lubinski (2003), Marcelino Cereijido y Laura Reinking (2004), Vicente Romano García (2004), Johan Huizinga (2007), Iván Illich (2006, 2008), Morris Berman (2011), Martha C. Nussbaum (2011), Jeremy Rifkin (2011), Nicholas Carr (2011), Carlos París (2012), Charles Percy Snow (2013), Nuccio Ordine (2014, 2017), Santiago Ramón y Cajal (2017), José Sánchez Tortosa (2008, 2018), Joseph Campbell (2019), Michel Desmurget (2020), Jonathan Haidt y Greg Lukianoff (2021), George Orwell (2022) y Agustín Laje Arrigoni (2023). Y cabe enriquecer esta lista con muchos más nombres en lo que a esto concierne, lo que significa sin ambages que al mundo no le han faltado pensadores a lo largo del tiempo acerca de esta infausta problemática, si bien se trata de una literatura que suele desconocer el grueso de las personas, incluso en el seno del mundo universitario. En particular, en lo que a Colombia concierne, una buena presentación de la crisis intelectual de las jóvenes generaciones la ofrece Juan Carlos Rincón en el canal de YouTube *La Pulla* (2024), un programa colombiano de periodismo político, satírico y de opinión.

Por supuesto, no es éste un fenómeno exclusivo de nuestro tiempo, puesto que, en el siglo XVIII, el científico y escritor tudesco Georg Christoph Lichtenberg destacó básicamente lo mismo en aquellos días ya lejanos, en pleno Siglo de las Luces (Lichtenberg, 2006: 199):

Entre nosotros se va hoy en día demasiado lejos en el estudio de la historia natural, la mayoría sólo aprende lo que otros ya sabían, sin llegar a ver nada por sí misma. No niego en absoluto la importancia y la dignidad de este tipo de estudio, pero resulta triste ver cómo los jóvenes desatienden el conocimiento de sí mismos, de su cuerpo y de su alma, por ocuparse de la historia de un insecto cualquiera, y advertir que están mejor enterados de las características de una falena que de las de la sintaxis genitivi, y que saben hablar de un pez de las Indias orientales sin saber dónde se encuentra el propio estómago.

Ante este agudo aforismo de Lichtenberg, no debe sorprender de ningún modo que el celeberrimo Immanuel Kant diese a la prensa su famoso artículo intitulado *¿Qué es la Ilustración?* (Kant, 1784). En la actualidad, la crisis correspondiente es mucho peor, puesto que está extendida por todo el planeta para efectos prácticos, con una población con unas dotes intelectuales empobrecidas, máxime ante el abandono extendido de la cultura del libro. Empero, es menester no perder de vista la dialéctica de la Ilustración,



que posee tanto luces como sombras, por lo que el énfasis en relación con el rescate del legado del Siglo de las Luces debe radicar necesariamente en las luces, lo cual no significa que sea posible eludir por completo las sombras dada la sempiterna naturaleza humana, combinación de lo sim-bólico con lo dia-bólico según lo señalado más arriba. Recuérdese que la ética en general requiere de seres humanos autónomos para que funcione. De lo contrario, estamos ante seres humanos atrapados en la caverna platónica.

Dicho todo esto, se llega de manera inevitable en este derrotero de procurar entender lo mejor posible la crisis civilizatoria en curso a uno de los últimos grandes pensadores vivos: Jürgen Habermas, con 95 años, quien se ha visto siempre como un filósofo social, con el cual concluye el excelente curso sobre teoría política dado en la plataforma Coursera por el profesor Fernando Vallespín Oña (2024), de quien he extraído lo esencial de lo que sigue.

Sobre todo, la máxima aportación de Habermas a la teoría política estriba en la recuperación de los presupuestos ilustrados de crítica racional ajustados debidamente a las condiciones de nuestras sociedades complejas con el propósito de alcanzar un mayor despliegue de la democracia, para la cual Habermas propone el modelo de la democracia deliberativa cual máxima expresión de racionalidad comunicativa en las principales interacciones políticas. Repárese en lo importante que esto resulta para fines bioéticos habida cuenta de que este siglo XXI en el que estamos tiene que vérselas con intensos debates bioéticos en lo relativo con diversas tecnologías que nos rodean por doquier, con impactos inevitables, gústenos o no. No se olvide lo advertido por René Rebetez Cortés: vivimos en un mundo de ciencia ficción, la ciencia ficción nos rodea por doquier.

En la teoría elaborada por Habermas, el espacio público tiene un papel central para fines de comunicación democrática entre ciudadanos y poderes públicos. Por desgracia, en nuestra época, el espacio público ha dejado de estar ocupado por ciudadanos razonantes y ha quedado sometido a una cultura integradora y de mero consumo de noticias y entretenimiento. Esto es, el espacio público ha quedado reestructurado para fines expresivos y manipulativos, en el que las mentiras en 3D resultan más creíbles que

la verdad misma. En todo caso, la consolidación de una racionalidad comunicativa requiere *per se* un fuerte concurso del lenguaje, la expresión por excelencia de las facultades mentales superiores de acuerdo con lo que aseveraba décadas atrás Lev S. Vygotsky. Empero, el lenguaje al uso hoy por hoy posee las terribles características de una neolengua orwelliana, inclusive entre el grueso de los graduados universitarios. Al fin y al cabo, quien lee y escribe bien, piensa. Sólo así cabe potenciar el espacio público y el mundo de la vida con la finalidad de acceder a un consenso auténticamente racional a la hora de debatir, de suerte que pueda ser un contrapeso significativo frente a un consenso forzado, fruto de la manipulación, el engaño o la ideología. En esta perspectiva, sería posible vivir una forma de vida racional, una vida de examen dicho a la manera socrática, la única vida digna de vivirse. Empero, el mundo distópico de hoy va de la mano con la colonización del mundo de la vida por el sistema según lo denominaba Habermas, esto es, la invasión por parte de la racionalidad económico-administrativa de sectores como la política, la moral y el derecho que deberían estar sujetos a la racionalidad comunicativa. Así, peligran las instancias a cargo de la reproducción simbólica, tales como la transmisión cultural, la integración social y la socialización, justo las bases mismas de los valores de uso y los ámbitos de comunidad, de las sociedades convivenciales en general, en especial si procuran ser biocéntricas.

Obsérvese que lo anterior implica una seria amenaza para la característica ecuménica de la bioética global y radical, puesto que una ciudadanía con una precaria racionalidad comunicativa no está en posición de participar con idoneidad en los debates bioéticos, que son debates políticos al final de cuentas, a propósito de los impactos de las tecnologías dominantes en la actualidad. Así, una ciudadanía tal queda condenada al indigno y poco decoroso papel de consumidora de chirimbolos tecnológicos de diverso jaez, una ciudadanía atrapada en el papel de meros usuarios heterónomos que poco o nada tiene para hacer frente al monopolio radical de los expertos de las sociedades dominantes. Algo parecido a lo que eran los siervos de la gleba durante el Medioevo.

Con todo, la democracia tiene también sus riesgos, sus peligros, reflejo mismo de la sempiterna naturaleza humana. Y para caer en la cuenta de esto no hace falta acudir a los pensadores más recientes, puesto que un intelectual conspicuo del siglo XIX, Alexis de Tocqueville, célebre por su obra *La democracia en América*, compuesta en dos partes,



tan bien lograda que John Stuart Mill se refirió a ella como dos obras maestras, no dos partes de una misma obra (Vallespín Oña, 2024). Desde luego, Tocqueville no dejó de referirse a las ventajas de la democracia. Pero, tuvo un mayor cuidado en no perder de vista sus peligros, entre los que cabe destacar la dictadura de la mayoría, sobre todo porque su acción más sutil es la ejercida sobre la libertad de espíritu, cuyos efectos indeseables son desincentivar el pensamiento autónomo, el disenso y la originalidad, lo que viene a ser toda una andanada contra la línea de flotación del sustrato ético del ser humano. De aquí que Tocqueville afirmase que en los Estados Unidos no ha habido grandes escritores, si bien ha transcurrido mucho tiempo desde los días de Tocqueville y, en este siglo XXI, es posible señalar varios buenos escritores en la historia estadounidense. De todos modos, el despotismo democrático, a diferencia del despotismo absolutista, según apreciación de Tocqueville, deja el cuerpo y apunta al alma. Y este autor no se limitó a diagnosticar los peligros inherentes a la democracia, sino que identificó algunos remedios para aminorar la tiranía de la mayoría mediante el ejercicio local de la democracia, el asociacionismo y la libertad de prensa. En fin, la tiranía de la opinión pública, junto con la búsqueda del bienestar material como fin en sí mismo y la apatía política, termina por crear un individuo sin individualidad ni independencia genuina, un ser heterónimo que resulta ser una presa fácil para un Estado lejano y centralizado, lo mismo que para los poderes corporativos propios de las sociedades dominantes. En otras palabras, un individuo que no ha podido asimilar lo mejor, lo más luminoso, del legado de la Ilustración.

No resulta exagerado en modo alguno afirmar que, en los tiempos que corren, el pensamiento de Alexis de Tocqueville goza de un auge renovado habida cuenta de que ha dado muestras vigorosas de su pertinencia para el análisis de la crisis del marxismo, la crítica al totalitarismo y la reflexión moderna acerca de la democracia. De facto, su obra brinda respuestas a los desafíos políticos del mundo actual y todo un acicate para reflexionar sobre el hecho democrático. Cabe apreciar bien esto, por ejemplo, en una oportuna recopilación de ensayos de ocho prestigiosos pensadores franceses (Roldán, 2007).

Tras todo lo dicho, ¿será muy pesimista afirmar que la bioética global y radical enfrenta una seria amenaza para su debida consolidación en el mundo más allá de los cenáculos académicos? Al fin y al cabo, como decía Karl Marx, palabras grabadas en su tumba: “Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo”. He aquí un pensamiento que bien puede aplicarse a la bioética con su debida contextualización. Por ser la más interdisciplinar de las ciencias, la bioética debería ser parte de la cosmovisión científica de todas las sociedades. Por desgracia, ni siquiera la nación con el mayor desarrollo tecnocientífico del planeta, los Estados Unidos, está en posición de garantizar que su población haya asimilado el modo científico de entender el mundo, el buen pensar a la científica, puesto que es una nación que tiene varias veces más astrólogos que astrónomos. Si esto sucede al norte del río Grande, ¿qué no decir sobre los países ubicados al sur, los que, en rigor, carecen de ciencia y que, como señalan Marcelino Cereijido y Laura Reinking (2004), así la tuvieran no sabrían qué hacer con ella? Sin duda alguna, como he solido insistir a lo largo de los años, el manejo idóneo de la bioética global y radical presupone conocer lo mejor posible la cultura tecnocientífica por antonomasia, incluida la visión de Iván Illich en lo relativo a la tecnociencia convivencial. Esto aunado al buen conocimiento de la Historia en general, incluida, claro está, la historia de la ciencia y la tecnología y la historia del pensamiento político. Sin ir muy lejos, tan sólo pensemos en la figura de Van Rensselaer Potter, fundador de la bioética global, quien supo conjugar bien en sí mismo al científico y al humanista. Ésta es una idea que vale todo un Potosí, que, si la rastreamos en el tiempo, la encontramos, para muestra un botón, en Miyamoto Musashi, un celeberrimo guerrero del Japón feudal del siglo XVII, autor del reconocido tratado sobre artes marciales titulado *El libro de los cinco anillos (Go-rin no sho)*, una obra que, dicho sea de paso, es el libro de cabecera de los capitanes de industria japoneses de este siglo XXI. En palabras de Musashi (2023: 37): “Estudia los caminos de todas las profesiones”. Esto lo llevó a buscar no sólo a grandes espadachines, sino también a sacerdotes, estrategas, artistas y artesanos, deseoso de ampliar siempre sus conocimientos. Jamás olvidemos que la bioética global es la más interdisciplinar de las ciencias, lo que armoniza bien con la dimensión luminosa de la Ilustración.



## **Conclusiones**

Ha llegado el momento de decantar algunas conclusiones significativas de lo abordado con algún detenimiento en este artículo, a saber:

1. A despecho de las declaraciones apresuradas por parte de los ideólogos de la postmodernidad en cuanto a que ya quedó dizque superada la Modernidad y su legado ilustrado, los hechos son tozudos para respaldar que la Ilustración es más necesaria hoy que nunca para encarar los retos de la presente crisis civilizatoria. Eso sí, sin perder de vista la dialéctica de la Ilustración para enfatizar su dimensión luminosa y procurar superar sus sombras.
2. La crisis civilizatoria en curso reclama con urgencia potenciar las zonas de inteligencia con el fin de preservar lo mejor de la ciencia y la cultura, lo cual está entre los grandes retos bioéticos globales de nuestro tiempo.
3. En el contexto latinoamericano en particular, el legado de Iván Illich a propósito de la alternativa de las sociedades convivenciales y su paradigma tecnocientífico asociado, la ciencia convivencial, no debe echarse en saco rato dada la gran magnitud adquirida por la crisis civilizatoria en curso. Ante todo, se trata de recobrar los valores de uso y los ámbitos de comunidad en sintonía con el fomento de las zonas de inteligencia.
4. No cabe abrigar esperanzas en cuanto a que cese con rapidez la escisión de la humanidad en los dos sectores aquí abordados, puesto que la crisis educativa que forma parte de la crisis civilizatoria, con su vacío ético innegable, no va a resolverse en cuestión de unos cuantos años, sino que cabe esperar que requiera el esfuerzo disciplinado de, al menos, dos generaciones, un esfuerzo que implica recobrar el legado ilustrado en su dimensión luminosa con el fin de cimentar una racionalidad comunicativa que supere las limitaciones de la racionalidad instrumental.

## **Fuentes**

ABRAMS, Jeffrey Jacob. (Director). (2009). *Star Trek: el futuro comienza* [Película]. Bad Robot Productions; Spyglass Media Group.

ABRAMS, Jeffrey Jacob. (Director). (2013). *Star Trek: En la oscuridad* [Película]. Bad Robot Productions; K/O Paper Products; Skydance Media.

AMENÁBAR, Alejandro. (Director). (2009). *Ágora* [Película]. Focus Features; Sogepaq; Telecinco Cinema.

ATXE. (2019). *Capitalismo: ¿Por qué?* Madrid: Akal.

BERMAN, Morris. (2011). *El crepúsculo de la cultura americana*. México: Sexto Piso.

BOFF, Leonardo. (9 de diciembre de 2020). *Lo cotidiano, la fantasía, el carisma*. <https://leonardoboff.org/2020/12/09/lo-cotidiano-la-fantasia-el-carisma/>.

BOFF, Leonardo. (14 de abril de 2023). *El odio y la violencia: el perverso legado del bolsonarismo*. <https://leonardoboff.org/2023/04/14/el-odio-y-la-violencia-el-perverso-legado-del-bolsonarismo/>.

BOFF, Leonardo. (20 de junio de 2024). *¿Del caos planetario actual es posible un orden nuevo?* <https://leonardoboff.org/2024/06/20/del-caos-planetario-actual-es-posible-un-orden-nuevo/>.

CAMPBELL, Joseph. (2019). *Los mitos: Su impacto en el mundo actual*. Barcelona: Kairós.

CANAL LA PULLA. (27 de junio de 2024). *¿Por qué la educación en Colombia está en crisis?* [Archivo de vídeo]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=5YZUQq2dJVE>.

CAREY, John. (2009). *Los intelectuales y las masas*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.

CARR, Nicholas. (2011). *Superficiales: ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* Bogotá: Taurus.

CEREIJIDO, Marcelino y REINKING, Laura. (2004). *La ignorancia debida*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

DESMURGET, Michel. (2020). *La fábrica de cretinos digitales: Los peligros de las pantallas para nuestros hijos*. Madrid: Ediciones Península.

EL OBSERVATORIO DE LA UNIVERSIDAD COLOMBIANA. (22 de abril de 2024). *La preocupante incapacidad de la Universidad Nacional de Colombia para poder solucionar*





su crisis. <https://www.universidad.edu.co/la-preocupante-incapacidad-de-la-universidad-nacional-de-colombia-para-poder-solucionar-su-crisis/>.

GERMAN, Aleksei Yuryevich. (Director). (2013). *Qué difícil es ser un dios* [Película]. Sever Studio; Lenfilm Studio; Telekanal Rossiya.

HAIDT, Jonathan y LUKIANOFF, Greg. (2021). *La transformación de la mente moderna: Cómo las buenas intenciones y las malas ideas están condenando a una generación al fracaso*. Bogotá: Ariel.

HUIZINGA, Johan. (2007). *Entre las sombras del mañana: Diagnóstico de la enfermedad cultural de nuestro tiempo*. Barcelona: Ediciones Península.

ILLICH, Iván. (2006). *Obras reunidas: Volumen I*. México: Fondo de Cultura Económica.

ILLICH, Iván. (2008). *Obras reunidas: Volumen II*. México: Fondo de Cultura Económica.

JONAS, Hans. (2004). *El principio de responsabilidad: Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Barcelona: Herder.

JUDGE, M. C. (Director). (2006). *Idiocracy* [Película]. 20th Century Fox; Ternion Pictures.

KANT, Immanuel. (1784). *¿Qué es la Ilustración?* Recuperado de <file:///C:/Users/cesie/Downloads/Dialnet-QueEsLallustracion-3171408.pdf>.

LAJE ARRIGONI, Agustín. (2023). *Generación idiota: Una crítica al adolescentrismo*. México: Harper Collins.

LICHTENBERG, G. C. (2006). *Aforismos*. Barcelona: Edhasa.

LIN, Justin. (Director). (2016). *Star Trek: sin límites* [Película]. Bad Robot Productions; Skydance Media; Sneaky Shark; Perfect Storm Entertainment.

MARAÑÓN Y POSADILLO, Gregorio. (1956). *Vocación y ética*. Madrid: Espasa-Calpe.

MUSASHI, Miyamoto. (2023). *El libro de los cinco anillos*. Barcelona: Ediciones LU.

NUSSBAUM, Martha C. (2011). *Sin fines de lucro: Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Bogotá: Katz Editores.

ORDINE, Nuccio. (2014). *La utilidad de lo inútil: Manifiesto*. Barcelona: Acantilado.

ORDINE, Nuccio. (2017). *Clásicos para la vida: Una pequeña biblioteca ideal*. Barcelona: Acantilado.

ORTEGA Y GASSET, José. (1957). *Meditación de la técnica* (3ª ed.). Madrid: Editorial Revista de Occidente.

ORTEGA Y GASSET, José. (1960). *Misión de la Universidad* (3ª ed.). Madrid: Editorial Revista de Occidente.

ORTEGA Y GASSET, José. (1966). *Obras completas: Tomo I (1902-1916)*. Madrid: Editorial Revista de Occidente.

ORWELL, George. (2022). *1984*. Barcelona: Austral.

PARÍS, Carlos. (2012). *Ética radical: Los abismos de la actual civilización*. Madrid: Editorial Tecnos.

RAMÓN Y CAJAL, Santiago. (2017). *Los tónicos de la voluntad: Reglas y consejos sobre investigación científica*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

REBETEZ CORTÉS, René. (1996). *Ellos lo llaman amanecer y otros relatos*. Bogotá: Tercer Mundo.

RIFKIN, Jeremy. (2011). *La Tercera Revolución Industrial: Cómo el poder lateral está transformando la energía, la economía y el mundo*. Barcelona: Paidós.

ROLDÁN, Darío (ed.). (2007). *Lecturas de Tocqueville*. Madrid: Siglo XXI.

ROMANO GARCÍA, Vicente. (2004). *La formación de la mentalidad sumisa*. Barcelona: Editorial El Viejo Topo.

SAGAN, Carl. (1997). *El mundo y sus demonios: la ciencia como una luz en la oscuridad*. Bogotá: Planeta.

SÁNCHEZ TORTOSA, José. (2008). *El profesor en la trinchera: La tiranía de los alumnos, la frustración de los profesores y la guerra en las aulas*. Madrid: La Esfera de los Libros.

SÁNCHEZ TORTOSA, José. (2018). *El culto pedagógico: Crítica del populismo educativo*. Madrid: Akal.

SARTORI, Giovanni. (1998). *Homo videns: La sociedad teledirigida*. Madrid: Taurus.

SNOW, Charles Percy y LEAVIS, Frank Raymond. (2013). *Las dos culturas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

STEAMBOY. (3 de mayo de 2024). En *Wikipedia*. <https://es.wikipedia.org/wiki/Steamboy>.

STRUGATSKI, Arkadi. y STRUGATSKI, Boris. (2016). *Qué difícil es ser dios* [Archivo PDF]. <https://vdocuments.site/a-strugatsky-que-dificil-es-ser-dios.html?page=1>.

VALLESPÍN OÑA, Fernando. (2024). Desde el mundo griego a la Edad Media. En Fernando Vallespín Oña (profesor), *Introducción a la teoría política*. Coursera. <https://www.coursera.org/programs/coursera-para-la-universidad-nacional-de-colombia-ji3sj/learn/introduccion-a-la-teoria-politica>.

WAGENSBERG, Jorge. (2003). *Si la naturaleza es la respuesta, ¿cuál era la pregunta? Y otros quinientos pensamientos sobre la incertidumbre*. Barcelona: Tusquets.